

# Usted está aquí.

de  
Bárbara Colio

PREMIO NACIONAL DE DRAMATURGIA  
VÍCTOR HUGO RASCÓN BANDA 2009.



D.R. Bárbara Colio. Sistema Nacional de Creadores de Arte. Miembro de la Sociedad General de Escritores de México. El montaje, adaptación, lectura pública ó reproducción de este texto, en todo o en parte, por cualquier sistema de recuperación de información, ya sea por compañías profesionales o amateurs, está sujeto a la previa autorización por escrito de la autora. [www.barbaracolio.com](http://www.barbaracolio.com), [barbaradrama@gmail.com](mailto:barbaradrama@gmail.com)

“Nadie tiene derecho a privarme de los míos”

*Antígona. Sófocles.*

*Tebas, Grecia*

*442 a.c.*

“No traigo bombas, soy sólo una madre que busca a su hijo”

*Isabel M. Wallace, frente al presidente recién electo Felipe Calderón*

*México, D.F.*

*20 de enero, 2007*

Inspirada en varios casos de secuestro en México sin resolver,  
sin fin.

**Personajes:**

Actriz 1 -Ana, Actriz 1.

Actriz 2 -Isaura.

Actriz 3 -Locutora, Bailarina, Mujer.

Actor 1 -El Señor, Actor 1.

Actor 2 -Locutor, Asistente, Hombre mayor.

Actor 3 -Hombre de la virgen, Consejero, Violinista ciego.

**Escenario:**

La ciudad de Tebas: Un espacio cuadrado. Cerrado.

**HORIZONTE.**

Locutora: Cielo despejado, de un intenso azul. Máxima 39, mínima 20 grados centígrados. Buenos días Tebas.

**INFANCIA.**

*Isaura y Ana sentadas, una frente a otra. Un helicóptero vuela sobre el área, pasa.*

Isaura: Antes era muy raro que pasaran. Los días de helicóptero eran días de suerte. ¿Te acuerdas? Te salías corriendo al jardín como un torbellino para verlos pasar. Y yo atrás de ti. Los saludábamos con las manos bien abiertas hasta que nos encandilaba el sol. Era un desastre. El aire que levantaban nos deshacía las trenzas, y las sábanas recién lavadas de mamá terminaban enredadas en los árboles, llenas de polvo. Cómo se enojaba ella, y cómo nos reíamos nosotros.

Ana: Voy a ir yo misma.

Isaura: ...

Ana: Sé que no estas de acuerdo.

Isaura: Supongo que no hay nada que te pueda decir para que no lo hagas.

Ana: Es una pista, alguien tiene que seguirla. Ellos no han hecho nada, lo sabes. No puedo esperar más.

Isaura: Prométeme que sólo irás a ver y luego—

Ana: No puedo prometerte nada.

Isaura: ... Ahora, a nadie le gusta saludar a los helicópteros.

Ana: Tengo que hacerlo.

Isaura: Iré contigo.

Ana: Es peligroso.

Isaura:           ¿Y qué no lo es ahora?

Ana:             ... Gracias.

Isaura:           Tú eres la que inventa los juegos, Ana. Y yo, la que los sigue.

### **EMIGRACIÓN.**

Locutora:       Esta mañana, los habitantes de Tebas fuimos sorprendidos por un hermoso espectáculo. Escuche usted: Cientos de pájaros cruzaron nuestro cielo rumbo al norte, dejando boquiabiertos a los ciudadanos que a esa hora se trasladaban a sus lugares de trabajo. Esta desconcertante emigración de aves fuera de temporada, tiene confundidos a los expertos que aún no pueden asegurar la causa del éxodo.

### **LA SILLA.**

*En la Oficina Mayor, una silla vacía, ventanas abiertas. Entran el Señor y el Consejero.*

Consejero:      Bienvenido, Señor. Adelante. *(Procede a cerrar las cortinas de la Oficina)*

Señor:           Bien. Gracias. *(Recorre el lugar)* Bueno, pues ya estamos aquí. *(Toca la silla)* No se suponía que fuera yo, tan pronto ¿verdad? Vaya, sí que es linda esta oficina. Muy fresca. Y tiene una excelente vista de la ciudad. Qué grande es Tebas.

*Tocan a la puerta.*

Han estado atrás de mí todo el día. Es algo... molesto. No se puede tomar decisiones con gente hablándote todo el día, ¿no lo cree? *(a la puerta)* - Un momento, estoy ocupado-

Es usted muy amable, con las cortinas cerradas me siento mucho mejor. La luz hace que este dolor de cabeza vuelva, bueno, no sé si se va en algún momento, pero la luz lo hace más fuerte. No sé por qué. Esto del dolor me empezó desde que... ya me olvidé desde cuando.

De niño entré una vez aquí. Con mi padre. Entonces esta silla se me hacía enorme, como para gigantes. Me acuerdo que le dije a mi papá: "Esa silla

no es de madera, es de oro”. Cosas de niños. Parece que no hubiera pasado tanto tiempo...

Consejero: Debemos empezar. Tome asiento.

Señor: ¿Sabe? A veces pienso que era mi destino llegar aquí. Sí. Empecemos. Escúcheme, he estado pensando en un plan para—

*Tocan a la puerta.*

-¡Estoy ocupado!-

Consejero: Ya se acostumbrará.

Señor: Le decía: tengo todo previsto, lo primero es recuperar la confianza de la gente. Conozco las leyes mejor que nadie, usted lo sabe. Y contrario a los periodos anteriores, tenemos que mostrar disciplina, entereza, mano dura. Resultados visibles, que nadie dude de la legitimidad de mi sitio, aquí.

Consejero: Perfecto. Tome asiento.

Señor: Sé muy bien lo que Tebas necesita. Quieren un cambio y se los voy a dar. Voy a ser yo el que se los dé. Usted me ayudará con eso Señor Consejero, usted será mis ojos allá afuera. Vamos a hacer de Tebas una ciudad progresista, confiable, segura, sobre todo eso, segura. Eso es lo que más les importa ahora. Seguridad. Voy a pasar a la historia. Vamos a abrir las puertas a la inversión extranjera. Y adentro, adentro... *(El Señor se lleva la mano a la cabeza)* Este maldito dolor...

*El Consejero le hace un gesto para que tome asiento en la silla.*

Consejero: Así se sentirá mejor.

*El Señor finalmente se sienta, se acomoda.*

Señor: Tiene usted razón. Es perfecta para mí. De verdad que... esta silla, sí que tiene su encanto.

**ADENTRO.**

Locutor: La ola de calor registrada en lo que va del año, ha alcanzado cifras históricas de temperatura, provocando extensas sequías en buena parte del territorio norte y severos casos de deshidratación, sobretodo en niños y ancianos. De manera alarmante, se ha dado aviso a la comunidad del sur, de la presencia de cierta bacteria -aún sin identificar-, en ciertos suministros de agua potable que ya ha ocasionado algunos decesos en nuestra población. Siguen las investigaciones al respecto. Mientras tanto, las pocas aves que se rezagaron en el inexplicable éxodo de hace unos días, han estado apareciendo muertas a lo largo de las calles de Tebas.

**MÁS ADENTRO.**

*Luz sobre el rostro de Ana, una pistola apunta su sien. La pistola es sostenida por un hombre que tiene la imagen de la virgen tatuada en el brazo.*

Ana: No lo hagas. Nos están viendo, muchos.

Ahí están.

No vine sola.

Tu número estaba en el teléfono de mi hijo. Ahí, sí. Ahí. Por eso—

¡Hay pruebas! Muchas pruebas. Las tienen.

Van a disparar si tú—

¡Espera!

No lo hagas.

No tienes salida.

No.

**NÚMEROS.**

Locutora: En otras noticias, Ana García, madre del joven secuestrado hace tres meses, se ha convertido en detective. Luego de dedicarse a investigar por su cuenta,

ha sido ella, la que ha dado con la ubicación del presunto plagiaro, el cual se encuentra detenido y bajo investigación.

Locutor: Vaya, una ama de casa pudo hacer más que la fuerza policíaca. Esto, sin duda, deja en entredicho la capacidad de nuestras autoridades en cuanto a—

Locutora: Se inaugura el más grande y moderno centro comercial de la ciudad. Imágenes en breve.

Locutor: Ana García ha solicitado una audiencia en la Oficina Mayor con el Señor de la ciudad. De aceptarse, sería la primera ciudadana en ser recibida en este nuevo periodo por—

Locutora: 15% de descuento por apertura. Aproveche.

Locutor: En sólo 1.2% de los plagios denunciados se encuentra a las víctimas. Y sólo en un 0.7% los responsables son castigados.

Locutora: Más de 2,000 visitantes se han registrado en las primeras horas de la gran inauguración. ¿Deberíamos darnos una vuelta, no crees?

Locutor: A lugares concurridos, claro. Es lamentable que en estos días cualquiera de nosotros puede ser privado de su libertad en cualquier—

Locutora: Clima perfectamente acondicionado. Áreas recreativas, alimentos orgánicos y más de 300 establecimientos donde le aseguramos, encontrará *todo* lo que usted necesite. *Todo*.

Locutor: No se vaya. Quédese con nosotros.

### **DOS PÍLDORAS.**

*Oficina Mayor. Cortinas cerradas. El Señor en la silla, leyendo. Tocan a la puerta.*

Señor: *(Sin levantar la vista) Pase.*

*Entra el asistente seguido de Ana. Deja una charola con un vaso, una jarra de agua y dos píldoras.*

Asistente: Sus píldoras, Señor.



Señor: Bien.

Asistente: Su cita está aquí. Con permiso.

*El asistente se retira. El Señor ve a Ana.*

Ana: Muchas gracias por recibirme.

Señor: Señora García, créame que es un placer conocerla. “La mujer que captura delincuentes”. Se ha vuelto una celebridad, ¿lo sabe, verdad? Disculpe, ¿le molesta la poca luz?

Ana: No.

Señor: Tome asiento, por favor.

Ana: Busco a mi hijo.

Señor: Sí, claro. Me hicieron llegar su informe. Muy interesante. *(Lee el informe)* “Ana García. 51 años. Increpa a un hombre frente a su domicilio, le hace creer que hay todo un operativo para capturarlo, mientras, sólo hay otra mujer, Isaura García, que escondida tras un árbol, habla a una patrulla vecinal, misma que logra detener al presunto delincuente al momento en que éste amenaza con un arma en la cabeza a la señora Ana...”.

Admirable.

*El señor la observa mientras se sirve agua en un vaso.*

Corrió un gran riesgo. Y... disculpe mi curiosidad, pero ¿cómo fue que...? ¿Qué le dijo a ese hombre para que –afortunadamente- no jalara el gatillo?

Ana: Mi hermana, ella vio todo, estaba cerca y supo reaccionar, vio a la patrulla y—

Señor: ¿En qué piensa una mujer cuando le apuntan con una pistola en la cabeza?

Ana: En que una muerta no puede encontrar a su hijo.

*El Señor bebe un poco de agua.*

Señor: Mi más profundo respeto Señora. Maestra de primaria ¿cierto?

Ana: Sí.

Señor: ¿Hijo único?

Ana: Sí.

Señor: Y usted, ¿sola?

Ana: Sí.

Señor: Comprendo.

Ana: ...

Señor: ¿Gusta un poco de agua? Libre de bacterias. Importada. Muy pronto cualquier habitante de Tebas podrá tener acceso a ella. ¿Gusta?

*Ella niega. El Señor bebe, hojea el informe.*

Señor: Parece que el hombre detenido -que usted nos ayudó a detener- era amigo de su hijo.

Ana: No lo es. Lo conoció unos días antes, nada más.

Señor: ¿Qué tan *bien* conocía usted a su hijo? Olvídelo, no es mi intención inquietarla. Sé a qué ha venido a esta Oficina señora García, y me da mucho gusto que lo haya hecho. Es mi deber atender las peticiones de mi gente. Déjeme decirle que pondremos especial énfasis en su caso, le doy mi palabra. Sólo quiero pedirle una cosa, Ana, ¿le puedo llamar así? (...) Escúcheme Ana, es necesario que nos deje actuar, nosotros somos la ley, no tiente a la suerte de nuevo. Es peligroso. Deje que la policía haga su trabajo, y usted cíñase al suyo: espere y confíe. ¿Comprende?

Ana: No.

Señor: (...) No se preocupe, su actitud es muy común. Los ciudadanos tienen poca idea de cómo se maneja una ciudad como ésta.

Ana: Es que no ha terminado de leer el informe, Señor. Léalo bien. El hombre que secuestró a mi hijo es un ex-policía, ¿cómo quiere que confíe?

Señor: Nuestro trabajo es ayudarla, Ana.

Ana: Ya lo tiene aquí. Haga que confiese, que diga donde lo tiene escondido. ¡Oblíguelo!

Señor: ¿Obligarlo?

Ana: Sí. No. No me refiero a que lo torturen.

Señor: ¿Cómo está tan segura de que fue él?

Ana: Un hombre inocente no te apunta con una pistola en la cabeza.

Señor: Usted intentó hacerse justicia con su mano y eso—

Ana: No lo hice. Revise bien el informe, sólo he investigado por mi cuenta. No pude quedarme sin hacer nada. Aquí está: le he dado nombres a la policía, direcciones, y en todo este tiempo no han hecho nada más que decirme: que espere y que espere. Ése hombre tuvo cómplices, no lo hizo solo. Hay una mujer que tuvo que ver, con la que mi hijo salió esa noche y que ése hombre le presentó. Un amigo lo vio con ella saliendo del cine. Fue un secuestro muy bien armado. Vea las fechas, aquí están, hasta una semana después me pidieron dinero. Ahí están las cartas que me enviaron pidiéndome... ¿las ha leído? (...) Yo intenté darles, lo que podía. Pero dejaron de comunicarse. Ni una sola palabra desde hace más de tres meses. ¿Cuánto más debo esperar? Yo no me he hecho justicia, esa la estoy esperando de usted.

Señor: Señora, no dude que—

Ana: ¿Ya no me dice, Ana?

*El señor toma las dos píldoras, seguido de un gran trago de agua.*

Señor: Créame que si fuera cosa de dar una sola orden, ya la habría dado. Es más, en muchos casos ya lo hubiera hecho. A estas alturas sería un *héroe* para Tebas. ¿No? Pero eso es... desear ser un héroe imposible. Hay mucho que hacer en esta ciudad. Y lo voy a hacer. De eso puede usted estar segura. Seguiremos su caso, de cerca.

*Entra el asistente, les toma una fotografía a ambos.*

Asistente: La acompaño a la puerta, señora García.

Ana: Pero si esperé más de dos horas allá afuera.

Asistente: Señor, la junta de Consejo va a empezar.

Señor: Lo importante está dicho. Tiene mi promesa.

Asistente: Por aquí, señora García.

Señor: *(Tomando la mano de Ana)* Espere y sobretodo, confíe.

## **ORÁCULO.**

Locutor: Como les comentábamos antes del corte, hasta ahora, la explicación que han dado los científicos en cuanto al rarísimo éxodo de las aves, es que éste se debe al incremento de factores contaminantes en el aire de Tebas, haciendo que nuestro cielo no sea más un sitio habitable y seguro para ellas. Por otro lado, tampoco ha faltado una visión digamos más *apocalíptica* del hecho, que argumenta que el abandono de los pájaros, es un claro aviso de peores calamidades y contingencias que azotarán a Tebas en la presente época. Cada quien le dará la razón a uno u otro grupo según su criterio, pero lo cierto es que, a los pájaros, cada mañana, se les extraña. Siga con nosotros.

## **EL PASADO.**

*En el parque. Una banca vacía. Una mujer con traje de bailarina está colocada arriba de un pequeño pedestal, estática, pretendiendo ser una estatua de mármol. A sus pies: un viejo sombrero de plumas esperando algunas monedas. El violinista ciego, cerca de ella, toca una música festiva. Ana aparece. Llega a ellos, el Violinista ciego la siente*

*llegar, detiene su música y realiza para ella un truco de magia: de su manga hace aparecer una flor amarilla y se la obsequia. Ana la acepta. Isaura aparece tras de ella.*

Isaura: Al fin te encuentro.

Ana: Isaura, qué bueno, ven.

Isaura: Necesito hablar contigo.

Ana: Dame una moneda.

Isaura: Escúchame—

Ana: Dame una, ándale.

Isaura: ¿Para qué?

Ana: Busca en tu bolso.

Isaura: *(Abre su bolso, le da una moneda)* Toma. Vamos a sentarnos a —

Ana: Shhh. Espera.

*Ana deja la moneda en el sombrero de plumas. La Bailarina cobra movilidad y cuenta. El Violinista le acompaña con algunos acordes.*

Bailarina: “Muchas cosas son admirables, pero ninguna tanto, como es el Hombre. Él es, quien al otro lado del espumante mar, se traslada llevado del impetuoso viento. De la raza ligera de las aves, se apodera, de bestias salvajes, de los peces del mar. Domina a la fiera salvaje, hasta al indómito toro le hace amar el yugo que sujeta su cerviz. Y en el arte de la palabra y en el pensamiento, sutil como el viento, en las asambleas que dan leyes a la ciudad se amaestró. Pero sólo contra la muerte no encuentra remedio. El admirable Hombre, procede unas veces bien o se arrastra hacia el mal, transgrede las leyes de la patria y el sagrado juramento a los dioses. Escucha Antígona, quien ocupando un elevado cargo en la ciudad, se habitúa al mal por osadía, es indigno de vivir en ella: que nunca sea mi huésped, y menos, tu amigo”.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Antígona. Sófocles. Segundo canto del coro. Fragmento adaptado.

*Un helicóptero sobrevuela el área, muy bajo. La bailarina vuelve al estatismo. El Violinista, presurosamente, guarda su instrumento, recoge el sombrero y carga a la bailarina estática, llevándosela. El helicóptero se aleja. Ana e Isaura quedan solas.*

Isaura: ¿Dónde has estado?

*Isaura lleva a Ana a una banca, se sientan.*

Ana: Fui otra vez a vigilar la casa de ese hombre. Sus cómplices tienen que aparecer por ahí algún día. Conseguí otra entrevista en el noticiero de la mañana, cuatro minutos.

Isaura: Ya no debes seguir haciendo eso.

Ana: Cuatro minutos, está muy bien ¿no? Tengo que prepararme.

Isaura: ...

Ana: Me levanté antes del amanecer y... es impresionante. Cuando salió el sol, no se oyó el canto de un sólo pájaro. Todos se han ido.

Isaura: Nosotros deberíamos hacer lo mismo.

Ana: ¿A dónde?

*Silencio.*

Ana: Me gusta venir a este parque. Lástima que ahora todo se vea tan seco, solía llover en estas épocas ¿no? Pero bueno, aun así, sigue siendo lindo; siempre con gente, con música, con alboroto. Gente que celebra...algo...Mira aquellos dos de allá, se besan...

Isaura: Cuando sonríes se te ven más las pecas.

Ana: Yo no tengo pecas.

Isaura: Claro que tienes.

Ana: Mentirosa. Mira, me regalaron una flor.

Isaura: ¿Quién?

Ana: Un buen mago. La sacó de su manga. Ojalá todo pudiera aparecer así.

Isaura: Ana... tengo que...

Ana: ¿Tú te acuerdas de la camioneta amarilla?

Isaura: ... Sí. Me acuerdo.

Ana: Papá la iba a comprar para irnos de viaje por la costa aquel verano. Un viaje de días. Durmiendo en ella, desayunando en la playa... Nos pidió un año de buenas calificaciones.

Isaura: Y de ahorrar.

Ana: Es cierto, tú te la pasaste haciendo pastelitos para vender afuera de la iglesia.

Isaura: Hasta que te dio varicela.

Ana: ¿Y eso qué tuvo que ver?

Isaura: Nadie quería comprar pastelitos que salieran de la casa con varicela.

Ana: Nunca me enteré de eso.

Isaura: Estabas muy ocupada tratando de contagiarme.

*Sonríen.*

Ana: Ese viaje en la camioneta hubiera sido fantástico.

Isaura: De todos modos no lo hubiéramos hecho, era una de esas promesas que papá nunca nos iba a cumplir.

Ana: Claro que no fue así.

Isaura: ¿Cuántas cosas nos prometió que no cumplió?

Ana: Porque no tuvo tiempo, pero esa sí fue una promesa de verdad.

Isaura: Tú siempre le creías todo.

*Silencio.*

Ana: Tienes que ver algo.

*Ana saca de su bolso una vieja cartera de piel.*

Isaura: *(La reconoce)* ¿Desde cuando tienes esto?

Ana: Desde siempre. *(Le da la cartera)*

Isaura: ¿Y hasta ahora me lo dices?

Ana: Ábrela. Aquí, entre las fotos de nosotras dos, ¿ves? Sácalo. Desdóblalo. El recorte de periódico de una camioneta en venta. Y es amarilla, aquí dice. Ya tenía todo listo. Era verdad.

Isaura: ¿Pero cómo es que la tienes tú?

Ana: Me la encontré.

Isaura: ¿Desde cuándo?

Ana: Desde ese día. Me gustaba salir a despedirlo. Papá siempre se daba un tiempito para tomar mis manos entre las suyas y calentarlas un poco. Mis manos eran muy frías. Siguen siéndolo. Pero él me alentaba: “Manos frías, corazón ardiente, Anita”. Ese día me dio un beso en cada y se fue a trabajar.

Isaura: ¿Y?

Ana: Me fui a la cocina, y ahí la había dejado olvidada sobre la mesa. La cogí y me devolví al pórtico para dársela, pero ya no lo alcancé. Así que me senté a esperar a que regresara por ella.

Isaura: ¿Por qué no nos dijiste eso?



- Ana: Me senté en el primer escalón, ahí donde tú y yo habíamos marcado nuestras manos en el cemento fresco cuando cumpliste tres años. Ahí me quedé, esperando, comparando mi mano con la manita que estaba marcada. Había crecido mucho. Mis manos crecieron mucho más ése día.
- Isaura: No te entiendo.
- Ana: Y ya no tienen nada que ver con las de ahora.
- Isaura: También era mi padre, también yo tenía derecho a saber.
- Ana: Saber. ¿Qué? Nunca supimos nada. Y mamá y tú parecían *entender* la historia del asalto. Que un tipo, por robarle la cartera, lo había... pero no, ni siquiera le robó nada, ni siquiera. No existe ninguna razón para apuñalar a un buen hombre y dejarlo desangrando en un callejón. Ninguna.
- Isaura: No te dolió más a ti que a mí.
- Silencio.*
- Ana: Tengo miedo.
- Isaura: ... Lo sé. Lo sé. *(La abraza)* Estoy contigo.
- Ana: Créeme Isaura, esta vez no voy a fallar. Esta vez, no, no nos podemos sentar a esperar.
- Isaura: ¿Qué dices...?
- Ana: Yo siento que mi hijo está vivo, que todavía lo tienen por ahí, en algún lugar... tengo varios nombres que investigar, y direcciones. La mujer con la que salió esa noche, sé que puedo encontrarla.
- Isaura: Escúchame—
- Ana: Por eso no voy a dejar de hablar con los medios, que me ayuden a seguir presionando. Mañana tengo cuatro minutos, los voy a aprovechar. Al Señor le importa mucho lo que se diga de él en la televisión. Es joven. Tiene ambiciones. Eso me ayudará. Entre las dos lo haremos mejor, ¿verdad, Isaura?

Isaura: Ana, es inútil.

Ana: Es lo que todo mundo piensa, pero yo siento que aún él está—

Isaura: Está muerto.

Ana: ...

Isaura: Detuvieron a la mujer. Declaró. Lo mataron. Ésa misma noche.

### SEQUÍA.

*La mujer, sentada en una silla.*

Mujer: Fue esa noche. No hubo más días.

Agua.

Me habían armado una cita a ciegas. Esas cosas suenan como *románticas*, ¿no? Tenía que caerle bien al muchacho y luego, cuando me llevara a ese sitio... el foco fundido, hacerlo entrar y ya. Nomás. Salir de ahí y esperar el pago. Era un trabajo. Lo necesitaba. No pregunté nada más. No se suponía que supiera más. ¿Qué hicieron con mis cosas? Me las van a devolver, ¿verdad? Mis aretes. ¿Eso que se oye es lluvia? ¿Está lloviendo?

Una casita. Me dijo que sí me iba a alcanzar. Que él y los demás ya tenían callo en eso. Que yo nomás me encargara de llevar al muchacho a donde me dijeron y que sí me iba a alcanzar para mi casita. Yo ya había visto una. Muy blanca, con una buganvilia bien bonita en el patiecito de enfrente. Son las hojas las que más lucen. La gente cree que son flores, pero no, son las mismas hojas nomás que unas se pueden pintar de rojo, sólo algunas. Ni siquiera necesitan mucha agua. Me gustan las buganvilias.

Se me quedó el niño solo. ¿Oiga? (...) Le dije al policía que no me podía quedar mucho rato aquí, pero como que no me oyó. ¿Ya me puedo ir? Mi niño me está esperando para hacerle de cenar, y luego le tiene un montón de miedo a los truenos y a la lluvia.

Agua, por favor.

A mí me gusta ver las casas; de qué colores las pintan, si tienen cerco bonito ése de reja, o nomás ahí hechizo con ésas tablas de madera que se roban de las fábricas. Más me gusta cuando hay alguna cortina descorrida y puedo ver para dentro, me detengo y miro la cara de la gente que vive en una casa de verdad. Sólo miro. Eso no es malo. Me imaginé que muy pronto otros se iban a asomar a espiarnos a mi niño y a mí. Eso me ilusionaba. Mucho.

¡Denme ya mis aretes! De veras me tengo que ir. Y mi bolsa, y mi reloj. Mi niño ya ha de estar muy asustado y con hambre. ¿Qué horas son?

Eran tres. El que me contrató y dos más. Uno era el jefe, se notaba, uno que traía un tatuaje de la virgen aquí en el brazo. Traían la cara tapada. Luego que el muchacho me invitó al cine, le pedí que me llevara a ese lugar, le dije que ahí vivía. Era un caballero. Sí me quiso ayudar con el foco fundido cuando le dije, de verdad sí creyó que era por eso que lo invité a pasar y no porque quisiera coger. Lo supe cuando me abrió la puerta de su coche y me dio la mano así... y me ayudó a bajar. Era un caballero. Ahí me dieron ganas de gritarle ¡corre!, ¡vete!

Entramos. Era un lugar pequeño y oscuro como aquí. Por el foco fundido –le dije-. “No te preocupes, ahorita lo arreglamos, linda” –me dijo-. “Linda”.

El de la virgen le dio un golpe aquí atrás, en la nuca. Los otros lo ataron, así, con sus manos hacia atrás y le taparon los ojos. Yo me fui a una esquina, yo no quería ver. Pero el muchacho se quejaba hartito. Lo patearon en la cabeza, en el cuerpo, le decían que se callara pero él no dejaba de gritar. No entendía que tenía que callarse. Pues si no le iba a pasar nada, sólo tenía que aguantar un ratito hasta que soltaran el dinero y ya. Cada quien su parte y ya. Qué más. Aguantarse tantito, que se callara tantito, qué le costaba, era por su bien. Yo no lo toqué, de verdad. No lo toqué.

Yo ya no podía abrir la puerta para salirme porque se iban a oír los gritos hasta la calle. ¡Pues a dejarlo ir! -les dije-, pero no me oyeron. Yo tampoco me oí. Me tapé las orejas con las manos. Prendí un estéreo que estaba ahí, a todo volumen, alto, alto, lo más alto que daba, pero él no dejaba de quejarse. Eso no me lo habían dicho. Su sangre me estaba llegando hasta los pies. Los mosaicos se fueron pintando como las hojas de la buganvilia. Rojos.

Lo dejaron de golpear hasta que se cansaron. La virgen estaba sudando. El muchacho se quedó como convulsionándose, tenía la boca muy abierta. Nadie hacía nada. Y yo me acerqué a mirar, sólo a mirar. De la boca le salía un sonido muy fuerte y ronco, como si él mismo fuera una caverna de la que iban a salir muchos pájaros a sacarme los ojos. Eso no me gustó. Esa caverna no me gustó. Arranqué el estéreo y se lo estrellé en la cabeza.

Se quedó calladito. Esa misma noche.

*Ana entra.*

Déme un poco de agua, se lo suplico...

Tengo que esconderme, si ellos me encuentran, me van a hacer lo mismo a mí.

Ana: ¿Y su cuerpo?

Mujer: Pero tuve que salir. Tuve que salir.

Ana: ¿Y su cuerpo?

Mujer: Mi niño tenía hambre, y sed. ¿Usted...? Usted me entiende, ¿verdad? Es mamá como yo. Mi niño se quedó solo... solo... ¡¿Cuántos malditos días llevo aquí?!  
Yo no lo maté.  
Sólo hice que cerrara la boca.

Ana: ¿Y su cuerpo?

Mujer: No... no lo sé.

Ana: ¡¿Y su cuerpo?!  
Yo no lo maté.  
Sólo hice que cerrara la boca.

Mujer: ¡¡No lo sé!!

Yo no lo maté.

Sólo hice que cerrara la boca.

### **LA RAZÓN.**

*Ana, abatida. Entra Isaura.*

Isaura: No te he visto derramar una sola lágrima.

Ana: No he dejado de hacerlo en 5 meses, 23 días. Lloro, hago charcos en el piso en los que quiero hundirme.

Isaura: Ven.

Ana: Mi hijo... sus manos.

Isaura: Necesitas descansar. Te conseguiré un poco de agua. Tranquila. Todo terminó ya.

Ana: Terminó.

Isaura: Te vendrás a casa con nosotros, ¿sí? Mira, ahí vas poder descansar, distraerte y tratar de... olvidar / no / de encontrar la paz que / de intentar/

Ana: Terminó, Isaura.

Isaura: Sí.

Ana: Lo mataron.

Isaura: Estoy contigo.

*Isaura abraza a Ana.*

Ana: Sólo siento el frío en mis manos.

Isaura: En casa encontraras calor.

Ana: Mi hijo tiene las manos frías como yo. ¿Sabías eso?

Isaura: Descanse en paz.

Ana: ¿Descanso?

Isaura: Vamos.

Ana: ¿Descanso?

- Isaura: Lo necesitamos.
- Ana: Isaura...
- Isaura: ¿Qué?
- Ana: No hay descanso.
- Isaura: Tú lo que debes es—
- Ana: Empezar, empezar de verdad.
- Isaura: ¿De qué hablas?
- Ana: No voy a descansar. Ahora menos que nunca.
- Isaura: Ana, todo esto ha sido... ni siquiera sé como describirlo. Escúchame, vas a enfermarte. Él... ya no está con nosotros.
- Ana: No. Por eso mismo, ¿dónde está? ¿Está entero? ¿Está partido en pedazos? ¿Dónde crees que esos malditos buitres lo escondieron.
- Isaura: Sé lo que sientes.
- Ana: Sólo si un hijo tuyo no volviera a casa, lo sabrías.
- Isaura: ... Ana, tú sigues viva. Tienes que volver a ser la que eras.
- Ana: Yo ya no soy de los tuyos, Isaura. Mi corazón le pertenece a los muertos, sólo le puedo servir a ellos.
- Isaura: El que lo secuestró no es cualquiera. Entiende. Era policía, de los que se supone que nos *protegen*. Pero encontró un mejor negocio. Debes saber detenerte.
- Ana: Isaura, lo dices como si me aferrara a algo absurdo, a algo excepcional. Quiero el cuerpo de mi hijo, enterrarlo. ¿Eso te parece tan estúpido como para no seguir?

Isaura: ¡Aquí estamos otros! ¿No nos ves? Cada día son más las llamadas telefónicas amenazándonos. No todo el mundo está de tu lado. Es increíble, pero es así. Hasta la familia del tipo ése te esta acusando de, loca, de... Encima hay un camarógrafo plantado frente a la casa y más gente que no sé que hace ahí.

Ana: Y deben seguir ahí. Mientras la ciudad entera nos siga viendo por televisión, no podrán atacarnos.

Isaura: ¿Cómo/ ? ¿De dónde sacaste esas ideas, Ana? ¿En qué momento te convertiste en “experta”? Hasta hace muy poco eras sólo una maestra de primaria que no resolvía más allá de cómo llegar a pagar la hipoteca cada fin de mes.

Ana: Tenía fe en que estuviera vivo. Fe. Fe en que algo, alguien haría que eso sucediera. Ahora esa fe esta aniquilada, Isaura. No tienes idea hasta donde soy capaz de llegar.

Isaura: No, de verdad que no lo sé.

Ana: Yo no pedí estar aquí. Pero ahora, no puedo hacer otra cosa más que seguir, seguir, seguir.

*Silencio.*

Isaura: Como desearía volver a estar en nuestra casa del árbol, ver a mamá acercarse con la jarra de limonada bien fría y pensar, que eso, “eso” era todo lo que necesitábamos para *seguir*.

Ana: Despierta Isaura.

Isaura: Ayer un reportero jaloneó a mi marido del brazo, quería saber su opinión sobre ti. Él no quiso contestar. Le arrancaron dos botones de la camisa. Estoy...cansada.

Ana: *Dos botones rotos*, qué gran pérdida.

Isaura: Trataron de matarte y lo harán otra vez. Quizá no fallen. ¿Qué no tienes miedo?

Ana: Yo ya no tengo miedo a morir.

Isaura: Pues yo sí.

Ana: ... Está bien. Sigue *viviendo*, si es que se puede tener una vida aquí todavía.

Isaura: ¡Entiende! No quiero perderte a ti también. He encontrado mil razones para apoyarte. Y mi familia me pregunta cuando volveré a ellos, cuando me daré cuenta que ellos *sí están aquí*, conmigo.

Ana: ... Tienes toda la razón.

Isaura: Déjalo, ya. Te lo suplico.

Ana: Yo sola voy a encontrarlo y a enterrarlo, tú lo verás.

Isaura: Ana...

Ana: A mí no me interesa tener razón.

Isaura: Te adoro. Pero también te detesto.

Ana: Al fin lo dices.

Isaura: Te pareces mucho más a mamá de lo que crees.

Ana: ...

Isaura: Esto es un suicidio.

Ana: ... Gracias por hacérmelo ver tan claro. Sí, eso es. Un suicidio. No voy a detenerme hasta encontrarlo, cada parte, cada uña, cada uno de sus cabellos, los voy a encontrar y a enterrar. Con su nombre bien escrito sobre su cuerpo. Y no me importa si nadie lo puede entender, no me importa, porque ya no voy a escuchar nada más que no sea el sonido de la tierra, cayendo sobre el cuerpo de mi hijo.

Isaura: Yo...



Ana: Yo le di mi cuerpo para que naciera, yo misma le daré un hueco en la tierra para que descanse en paz.

Isaura: No puedo seguirte más.

Ana: Y no te dejaría hacerlo. Vuelve a casa Isaura.

### **NUEVO NIDO.**

Locutora: De verdad, ¿no han ido al nuevo Centro Comercial? Está increíble. Ahí puedes encontrar absolutamente todo lo que necesites. Te puedes pasar toda la tarde de compras, feliz, y no salir a toparte con el horrible calor. Este precioso ícono de la arquitectura local, rápidamente se ha convertido en el nuevo nido de los tebanos -y me incluyo- que bajo su ¡ah! fenomenal clima y panorama artificial, hace que te olvides de cualquier inclemencia. Créanme. Al fin una puede sentirse con las comodidades de cualquier importante metrópoli del orbe. Sin duda, una gran señal de progreso para Tebas. Ni quien lo dude.

### **MANOS FRÍAS.**

*El Señor, en la Oficina Mayor, leyendo algunas cartas.*

Señor: “Solicito su ayuda para recuperar la boleta de calificaciones de mi hija que le negaron por falta de pago”. Qué tontería... *(otra)* “Usted es el culpable de la plaga que invadió mi...”, *(otra)* “Urgen medidas para aliviar la sequía...”, *(otra)* “Libertad a presos políticos”, *(otra)* “Detenga al terrorismo...” ¿Terrorismo? No se dan cuenta de nada. *(Otra)* “¿Sabe realmente porqué está usted ahí?”

Sí que lo sé.

*Ana, irrumpiendo, entra a paso firme.*

Ana: Debemos seguir.

Señor: ¿Cómo pudo...?

- Ana: ¿Por qué ordenó que lo soltaran?
- Señor: ¿Cómo logró llegar hasta aquí?
- Ana: No traigo bombas. Soy sólo una madre que busca a su hijo.
- Señor: ... Está bien, pase, si es necesario que lo diga todavía. ¿En qué puedo ayudarla? O más bien, ¿me podría ayudar usted a mí? ¿Ha leído los periódicos ésta mañana? Hace años que la ciudad no mostraba ni siquiera un pequeñísimo índice de recuperación económica, y ahora que se lo hemos dado, que se los he dado, no lo ven. Quejas y quejas, es todo lo que recibo, se preocupan por... Usted es uno de ellos, dígame ¿Qué es lo que quieren?
- Ana: Yo, quiero a mi hijo.
- Señor: Sí, cierto. Lo siento mucho. Según tengo entendido, su caso se ha resuelto, la asesina ha sido condenada. Su hijo, desafortunadamente, está muerto.
- Ana: Aun así, es mi hijo. Leí muy bien la declaración de ésa mujer. Hay dos hombres más involucrados -se los dije- el hombre de la virgen es el líder, ella lo señaló ¿cómo es que va a dejarlo ir? Él sabe donde está su cuerpo.
- Señor: Tuvo un careo con ella y... no pudo reconocerlo.
- Ana: ¡Ella le vio el tatuaje!
- Señor: Pero no su cara. Un tatuaje no se puede tomar como una identificación.
- Ana: No puede ser. A cualquiera le plantan evidencia y lo encierran hasta el fin de sus días, y a éste al que le pesa toda la muerte que ha causado encima, le otorgan un abogado de primera clase y lo dejan ir.
- Señor: Es un abogado de oficio, está en su derecho.
- Ana: ¡Por favor!
- Señor: Sólo tiene un cargo por posesión ilegal de armas, señora. Con la que le apuntó en la cabeza a usted. ¿Intento de homicidio? Tampoco es posible,

si nos hubiera dejado actuar a nosotros... lo atenúa el que *usted* invadió su propiedad. ¿Secuestro? ¿Qué pruebas hay? Aceptó conocer a su hijo y haber hecho las llamadas telefónicas, pero *no* es suficiente. Su intervención, al principio pareció oportuna, pero legalmente, usted misma entorpeció todo. Hicimos lo posible, apegados a la ley, pero no lo podemos retener más tiempo. Su familia pagó la fianza. Lo siento, de verdad, lo siento mucho. Se seguirá otra línea de investigación.

Ana: Eso es estúpido.

Señor: ¡Señora!

Ana: Usted no puede creer lo que esta diciendo.

Señor: Lo hago. Ahora, si me disculpa, tengo que atender el llamado de toda la ciudad. (*Le duele la cabeza*) Esta oficina ya le ha dedicado especial atención, señora, ahora es tiempo de que espere.

Ana: *Y confíe.*

*Entra el asistente, tras un rápido toquido que no espera respuesta.*

Asistente: Señor, perdone, pero es necesario que vea esto. Ahora.

*El asistente abre las cortinas de la Oficina Mayor. Entra una luz radiante.*

Los muros de Tebas han aparecido tapizados con miles de estos carteles que muestran la fotografía del presunto secuestrador del hijo de la señora, con los números de teléfono de la Oficina Mayor para reportar cualquier dato vinculado con él.

Ana: Yo misma los puse. Con estas manos. ¿Quería pruebas? Las va a tener. Hay mucha gente que está *esperando* como yo, y que ahora sólo deberá hacer una llamada y decirnos lo que sabe, sin miedo. El lugar donde escondió el cuerpo de mi hijo, seguramente es el mismo donde están muchos más. Podremos encontrarlos a todos. Los hijos de Tebas volverán a su hogar.

Asistente: Los teléfonos están saturados, Señor. Hasta ahora, tenemos tres casos más que identifican al hombre del tatuaje como alguien cercano a sus parientes desaparecidos.

Ana: ¡Lo ve!

Señor: Todos necesitan un culpable.

Asistente: Además... una manifestación se ha aglomerado frente a la primera puerta, y, no se ven muy tranquilos, Señor. Los canales de televisión mantienen transmisión en vivo.

Ana: Esta vez, no he venido sola.

Asistente: Señor, ¿se siente bien?

Señor: Ya esta pasando.

Ana: Ha de ser difícil estar en su lugar.

Asistente: ¿Desea que le traiga sus píldoras?

Ana: Pero usted quiso estarlo... más que otra cosa en el mundo.

Señor: Salga.

Asistente: Sí, Señor.

Ana: Y estar aquí, implica oírme a mí.

Señor: ¡Salga!

Asistente: Con permiso.

*El asistente sale.*

Señor: Usted ha rebasado todo límite.

Asistente: No habrá ser humano en todo Tebas que no sepa que ese hombre es un asesino.

- Señor: Está alterando el orden público.
- Ana: Esto apenas empieza.
- Señor: Ya veo. No se trata de su hijo. Se trata de usted. Le han gustado los reflectores. ¿Qué pretende? No se da cuenta que el ser considerada una heroína ó una loca, depende sólo de un leve gesto.
- Ana: Mientras pueda encontrarlo, lo que pase conmigo no importa ya.
- Señor: Puedo hacerla encerrar. Me esta dando razones suficientes para hacerlo.
- Ana: No lo hará.
- Señor: ¡No me rete!
- Ana: Mire allá afuera. Aunque me encierre, todo Tebas estará conmigo, y todos sus gritos, sobre usted. Una injusticia no se tapa con otra.
- Señor: ¡No sea ingenua, Ana! Si los medios la siguen, no ha sido porque les interese su caso ni mucho menos. Usted vende, es todo. ¿Ha visto cuantos comerciales rodean sus declaraciones? Una simple mujer retando al Sistema. Es lo que todos necesitaban ver, y he sido yo, el que se los ha dado.
- Ana: La ciudad—
- Señor: La ciudad olvida con facilidad. Con demasiada facilidad.
- Ana: ¿Qué está diciendo?
- Señor: Lo que ya debería de haber entendido desde hace tiempo. No es que usted no se detenga por nada, es que yo la he dejado avanzar. Así de fácil.
- Ana: No soy a la única a la que le han arrebatado—

Señor: ¿Qué tanto le importan los demás? ¿Eh? Qué tanto si no es para ayudarse a sí misma. Usted no podría entender otra cosa que no sea su propio bien.

Ana: ...

Señor: Usted me pidió que *obligara* a ese hombre a declarar. Lo hizo con tanta rabia, como con la que otros roban y secuestran y torturan. ¿Lo recuerda? Usted no es diferente a los demás. Lo siento, pero aquí lo único que rige es la Ley Tebana. Y siguiéndola, he dado una orden: Se condena a la mujer. Hay pruebas. Para ese hombre, no las hay, queda libre.

Ana: ¡No!

Señor: ¿Podría bajar el tono de su voz? Me perfora la cabeza. Es como un graznido.

Ana: Pues seguiré graznado hasta que reviente.

Señor: No tiene más que hacer aquí.

*Ana se tranquiliza. Cambia su actitud.*

Ana: ... Usted, usted tenía planes al llegar aquí, lo sé, su carrera, su herencia política, su juventud, usted es un hombre inteligente. Esto le ayudaría a que, creyéramos. ¿Usted me preguntaba qué era lo que queríamos? Bueno, pues eso, creer. Creer en usted. Pero para que eso pase, usted tiene que darnos algo. Yo le prometo que si encontramos a mi hijo, haré lo que sea, lo que sea, para hacer que la gente crea en usted. Mire, sé lo que tenemos que hacer: ordene al ejército que busque el cuerpo de mi hijo.

Señor: ¿Al ejército?

Ana: Señor, usted confía en la policía menos que yo. No me engaña. En lo que lleva en esa silla ha mandado un soldado a cada esquina de Tebas. Frente a las escuelas, en el aire, al lado de un puesto de paletas, hay un hombre armado. Todos los recursos se han ido al ejército. Sabe que no hay otra manera. Usted lo sabe.

Señor: El ejército no atiende lo civil.

Ana: La cantidad de secuestros en Tebas, ya no es un asunto *civil*, Señor. La gente tiene hambre, no hay cosechas, ni siquiera agua, y éste delito no se persigue como se debiera. Se sabe, a cualquiera le resulta fácil... Nos estamos convirtiendo en buitres.

Señor: A usted le resulta fácil renegar de las leyes de la ciudad. ¿Sabe qué le hubiera pasado si esas leyes no existieran?

Ana: Me hubieran desaparecido.

No habría mucha diferencia.

*El Señor la mira un momento, acerca su silla hasta ella, se sienta a su lado. Le habla en un tono casi familiar.*

Señor: Uno cree que puede cambiar las cosas con sólo quererlo, pero uno, pues es uno, nada más. El ejército, sí, a estas alturas sólo puedo confiar en ellos y aun así... Creo que lo está complicando mucho más y yo no sé... Cuando entré aquí, los primeros días, vitoreaban mi nombre, Ana, fuerte, mucha gente alzaba mi fotografía en pancartas. Ahora hay un tipo con un megáfono en la puerta principal gritándome cosas horribles, 24 horas, y no se cansa. No se cansa. Es complejo.

Ana: Usted no tiene hijos ¿verdad?

*El Señor se pone de pie, se aleja de Ana.*

Señor: Mi familia fundó esta ciudad. Tebas es mi abuela, mi madre, mi hermana, mi hija. Mi deber con ella es proteger el bien común, no únicamente el de un individuo. (...) Ha sido un placer charlar con usted Ana, es atractivamente irritable charlar con usted. Ahora, por favor, retírese.

Ana: ... Yo, no voy a dejar de hacer lo que tengo que hacer.

Señor: Yo tampoco. Cuídese.

*El Señor regresa a leer sus cartas. Ana se dirige a la puerta, justo antes de salir, se detiene, ve al Señor.*

Ana: Tal vez tenga razón en eso que dice, y yo sólo ande buscando mi propio bien. Pero yo no soy sólo “un individuo”. Yo soy la ciudad entera. Yo he puesto a los muertos.

*Ana sale.*

*El Señor saca de su saco un frasco con píldoras. Toma un par, sin agua. El Consejero entra a la oficina por otra puerta.*

Consejero: No hay peor cosa que la anarquía.

Señor: Ésa era la frase favorita de papá.

Consejero: Un gran hombre de Tebas.

Señor: ¿Escuchaste?

Consejero: Siempre lo hago. Mujeres como ésta no debe dejarse libres. Aunque hasta la más valiente huye cuando ve la muerte cerca de la vida.

Señor: A veces seguir las leyes no sirve de mucho. Ella lo supo primero que yo.

Consejero: ¿Dudas de tu decisión?

Señor: No. No, claro que no. Un pequeño sacrificio por un bien mayor. Eso es ser un buen político.

Consejero: Aprendes rápido.

Señor: Necesito tiempo para lograr cosas.

Consejero: Caminas sobre el filo de una navaja.

Señor: Y no me caeré.

Consejero: Ni nosotros dejaremos que lo hagas.



*El Consejero observa a través de la ventana abierta, los cientos de carteles con la imagen del Hombre de la virgen.*

Consejero: Mira nada más, esa cara podría ser la de cualquiera.

Señor: Déjalos ahí.

Consejero: Son la prueba de que la señora García te contradice.

Señor: Y de que yo la dejo hacerlo. Tebas aprecia que se reconozca un problema, más allá de que se llegue a resolver. Sé muy bien qué darles ahora para que dejen de ver esos carteles, para que empiecen a *crear*.

Consejero: Eres un buen mago, muchacho.

*El consejero cierra las cortinas.*

Señor: ¿Qué más tenemos en la agenda para hoy?

### **AQUÍ.**

*En el centro comercial. Isaura abraza contra sí, un frasco grande, lleno de botones. A su espalda, está un enorme mapa de localización del centro comercial. Una gran flecha roja indica un punto del mapa seguido de la leyenda: “Usted está aquí”. El Hombre Mayor llega a consultar el mapa. Isaura se dirige a él:*

Isaura: No se apure si no entiende nada, yo tampoco pude. Sección verde. Pasillo F. Punto 35. Dice perfectamente donde estamos y aún así, estamos perdidos. Já.

Los electrónicos están por ahí, si es lo que busca, he pasado por ahí tres veces creo, o más. Esa cosa dice que la salida está por ahí pero no es cierto, por ahí está lo de electrónica, un pasillo lleno de televisores encendidos. En oferta.

No sabría decirle cual es la salida. Perdone.

Es increíble que toda esta gente necesitara comprar algo el día de hoy ¿no? Dicen que la crisis ya no nos deja comprar ni tomates, pero aquí...

todos van con más de un par de bolsas de...cosas. Yo, dos botones era lo que necesitaba nada más, pero no podían venderme dos sueltos. Parece que las mercerías se extinguieron, había una todavía en el centro, contra esquina del cine, pero ya ninguno de los dos está. Tengo que remendar varias cosas. Camisas, uniformes, un disfraz para la más pequeña. Remendar. Tengo una familia ¿sabe? Tengo que... remendar, cuidarla. Seguir. Una ya no puede tomar riesgos. La crisis.

¿Va a venir alguien por usted?

*El hombre mayor niega.*

Espere entonces, no se preocupe, siéntese. Quizá sea mejor quedarse por acá. Por ahí sólo hay televisores y todos con la misma noticia. Pero que gentío ¿no? Tantas caras metidas, aquí. Y, aunque una vea sus caras, de cerca, nunca puedes llegar a imaginarte bien, quienes son realmente. Somos tantos, que uno podría llegar a pensar que si faltan algunas caras, nadie lo notaría; a pensar que si nadie más volviera a repetir el nombre de esas caras, se podrían olvidar, o fingir que se olvidan, y seguir. Sin problema.

Venir de compras ayuda a eso, ¿no lo cree? A seguir sin problemas. Las ofertas no terminan nunca. ¿Gusta un caramelo?

*El hombre mayor niega.*

En los televisores --traté de salir por ese pasillo pero no pude, sentía que ella me--... La mujer que aparece en las noticias, es mi hermana. ¿La vio?

*El hombre mayor asiente.*

¿Nos parecemos? En los ojos, dicen, que los ojos los tenemos muy parecidos. Pero vemos tan distinto. Ahí está ella, su cara, en todo ese pasillo lleno de televisiones. Le mentí, discúlpeme, si quiere irse... realmente no sé si la salida está por allá o no, lo que pasa es que no puedo pasar por ahí, me da vergüenza. La dejé sola. La olvidé. ¿Sabe? No es que yo sea cobarde, no es eso. Es, es que a mí no me pasó lo que a ella, punto. Gracias a Dios. Suena horrible. Pero es así. Y porque

además, bueno, no es para todos eso de inventar los juegos, unos lo hacen, como ella; otros sólo somos... dos botones rotos.

**ENTREMEDIOS.**

*Ana, frente a los medios.*

Locutora: Se dice que el partido de oposición ha financiado sus carteles de denuncia.

Ana: La inmovilidad no es un camino.

Locutor: Le entregaron un cadáver que coincide con la descripción de su hijo ¿Lo ha reconocido?

Ana: Es de un hombre mucho más joven. No van a engañarme para que me calle.

Locutora: ¿Quién la engaña? ¿Hasta cuando quedará satisfecha con las investigaciones? ¿Le gusta salir en televisión?

Ana: Usted no tiene idea—

Locutor: Tiene una demanda por difamación.

Ana: No difamo, denunció.

Locutora: De acuerdo a la ley—

Ana: ¿De que leyes estamos hablando? Sólo quiero enterrar a mi hijo.

Locutor: ¿Está a favor de la pena de muerte?

Ana: ¿Lo está usted?

Locutora: Es una mujer sola, clase media, sin ingresos conocidos. No ha contestado si el partido de oposición ha financiado su campaña.

Ana: Yo no hago campaña.

- Locutor:       ¿Recibe dinero?
- Ana:            Hay cientos de casos de secuestro registrados, como el mío, y peores aun, mucho peores. Por eso es que tantos se han unido a mi causa. No me importa a qué partido político pertenecen los que han donado dinero para—
- Locutora:      Sí lo recibe. Bien. ¿Cuánto gana por cada anuncio televisivo en el que denuncia el secuestro?
- Ana:            Todo se invierte en —
- Locutor:       ¿De qué vive usted?
- Ana:            ¿En qué ciudad vivimos? Si no recibo respuestas, voy a seguir las buscando, sea como sea. Nuestros hijos deben volver.
- Locutora:      Entonces, usted propone que cada ciudadano se haga justicia como le parezca, ¿eso no equivaldría a irnos a la prehistoria, a ser tratados como gente ignorante, incapaz de—
- Locutor:       *(Algo en el cielo llama su atención)* ¡Mira! ¡Mira!
- Voltean al cielo.*
- Locutor:       ¿Eso es... lo que creo?
- Locutora:      Han vuelto...
- Locutor:       Un pájaro...
- Locutora:      Es... precioso...
- Ana:            Abrieron una jaula y dejaron escapar uno. Sólo uno. Qué fácil es distraerlos.
- El Señor ante los medios. Los locutores se avocan a él.*
- Señor:          Gracias al acuerdo de cooperación internacional que nuestra administración ha logrado. La carestía de agua potable para los tebanos

ha llegado a su fin. A partir de mañana, cada habitante de Tebas recibirá refrescantes cantidades de agua libre de bacterias, importada, de la más alta calidad. A un costo casi igual al anterior.

Locutor: ¿Necesitábamos importar el agua?

Señor: *(Toma agua)*. Deliciosa. Vean eso, hasta los pájaros reconocen su calidad. *(Ríe)* Muy pronto, todos regresarán con nosotros.

*El consejero reparte vasos de agua a los locutores. Ana se resiste pero finalmente, tiene sed, toma un vaso. Los locutores la beben de un trago.*

Señor: Tebas, prospera. ¡Salud!

*El consejero y los locutores. Salen.*

Señor: ¿No brinda usted, Señora García? *(Bebe)*

*Ana tiene sed, y aun así, deja caer al vaso con agua.*

Señor: Su aparente valor, viéndola ahora, me es más parecido a la necesidad.

Ana: ¿De necesidad me acusa usted?

Señor: Todo Tebas me espera para darle las buenas nuevas, ¿escucha? ya empiezan las aclamaciones de nuevo. Ah, eso es lo que me puede curar de cualquier mal.

Ana: *Felicidades, Señor.*

Señor: Bienvenida al mundo real. Ana, si yo fuera usted...

Ana: Si usted fuera yo.

Señor Si yo, fuera usted.

*Un teléfono celular suena. Interrumpe. Suena una vez, dos, tres veces, hay cierto desconcierto disimulado en ellos dos.*

---

*Cambio súbito de luz. Un espacio dramático distinto. Actor 1 que interpreta al Señor, Actriz 1 que interpreta a Ana.*

Actriz 1: ¿Qué? ¿No vas a contestar?

Actor 1: Shh.

Actriz 1: Deberías contestar, a esto le cuelga un rato y de paso me harías un favor.

Actor 1: Vamos, sigue con tu réplica, dila ya para que me pueda salir. ¿Qué te pasa?

Actriz 1: Estoy harta.

Actor 1: Vas.

Actriz 1: Es que...ese dolor. Esta necesidad del personaje... sentirla, no puedo.

Actor 1: No tienes que sentir nada. Sólo actúa. Lo has estado haciendo muy bien.

Actriz 1: ¿Se puede hacer esto “bien”?

Actor 1: Apúrate, antes de que se note.

Actriz 1: Yo no tengo un hijo, ¿sabes? No, qué vas a saber... el caso es que no lo tengo. Ni sobrinos siquiera, a mí no...No está bien ni mal. Nomás no lo tengo, es todo.

Actor 1: ¿Eso qué tiene que ver?

Actriz 1: Debí de haber hecho el papel de la hermana. Ella ya acabó.

Actor 1: ¡Vas!

Actriz 1: Todo es tan falso. Tú y yo, aquí, cada noche. Pretendiendo que nos importa, que lo hacemos “bien”.

Actor 1: Con una chingada, ¡sigues!

Actriz 1: Me chocan los disimulos de la autora, ¿por qué no decirles a las cosas por su nombre? ¿eh? ¡¿Tebas?! Ni puta idea de dónde carajos queda Tebas. Es aquí, estamos aquí.

Actor 1: No es momento para eso.

Actriz 1: Deberías contestar tu teléfono, qué más da. Ya todos se dieron cuenta. ¿Cómo se te ocurre traer el teléfono en el pantalón?

Actor 1: Es que...

Actriz 1: ¿A qué diablos viene toda esta gente al teatro? Este barrio es espantoso. Te obligan a estar incomunicado, a salir de noche, a ver si tu auto sigue donde lo dejaste. ¿Tomar un taxi de la calle? Uf, olvídale, menos llegas. ¿Y para qué? ¿Por entretenimiento? ¿Por hacerse el *culto*? Mira, tú haz lo que te dé la gana. Yo ya me voy. Me vale madres. Tengo hambre.

*La Actriz 1 no puede salir de espacio.*

Actriz 1: ¿Dónde está la maldita puerta?

Actor 1: Espera. Yo tengo una hija. Tiene 12 años.

Actriz 1: ¿Está aquí, vino a verte?

Actor 1: No.

Actriz 1: ¿Sólo una?

Actor 1: Sí. Ayer se pintó sus labios por primera vez. Color rosa. Ella está dormida ahora. Me gusta llegar, darle un beso en la frente, que abra sus ojos y me pregunte ¿te aplaudieron mucho papá?

Actriz 1: ¿Es ella, entonces? La que te habla por teléfono.

Actor 1: Ven. Te lo suplico, tenemos que terminar con esto para podernos largar. Como está escrito.

Actriz 1: Como es nuestro papel, nuestro destino. Eso suena tan griego.

Actor 1: ¡Apúrate! Antes de que vuelva a sonar.

Actriz 1: El instante entre un ring y otro, en el que los actores nos entendemos con la mirada.

Acto 1: ¿Estas ebria?

Actriz 1: Una niña duerme sola. Su famoso padre actor no volverá a casa hasta media noche. Se sabe. Él esta actuando aquí, lo dice el cartel de allá afuera.

Actor 1: Cállate.

Actriz 1: “Sólo si algo grave pasa puedes hablar a la hora que papi trabaja” Le dijiste.

Actor 1: Cállate.

Actriz 1: Las bardas se saltan, las ventanas se rompen, los gritos no se escuchan



¿cuántas cerraduras has puesto en tu casa?

Actor 1: ¡Cállate!

Actriz 1: Tu párpado izquierdo está temblando. Es ella y tienes miedo. Quizás su cama este vacía ahora.

Actor 1: ¡Eso no puede pasarme a mí, ni a ella!

Actriz 1: Todos pensamos lo mismo. ¿Y si te tocara a ti? ¿qué harías? ¿lo harías “bien”? ¿Acatarías el destino de “esperar y confiar”?

Actor 1: No podemos estar hablando ahora.

*La Actriz 1 observa a su alrededor.*

Actriz 1: ¿Realmente lo estamos haciendo?

*Cambio de luz súbito. Se regresa al espacio dramático anterior.*

*El Señor esta firme. Idéntico a su última posición. Un momento. El teléfono suena por cuarta vez, por quinta vez. Rompe la convención. Sale rápidamente de la escena. Fuera, apenas lo logramos escuchar contestando su teléfono:*

Señor: (Fuera) ¿Bueno?... ¿Bueno?... ¡Bueno!

*Silencio. Desconcierto de los otros actores tras bambalinas. Ana se ha quedado sola en el escenario, sin saber qué hacer. Ve al público, se dirige a él, quiere decir algo, no sabe qué.*

Ana: No hay fin.

*Sale por un camino no convencional del escenario.*

*Escrita en la Ciudad de México  
entre octubre de 2006 y mayo 2009.*